

MUERTE DE UN EDITOR EN UNA TORRE ELÉCTRICA: NOTAS SOBRE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN ITALIA (1969-1980)

Paola Lo Cascio
Centre d'Estudis Històrics Internacionals de la UB
(CEHI-UB)

Unas imágenes

Los cristales esparcidos por el suelo, el negro del humo que ensucia el elegante y siempre un poco aséptico mobiliario de una agencia bancaria. El cadáver de un hombre, del cual sólo se ven los pies, las piernas y una chaqueta de piel, a los pies de una torre eléctrica, en abierta campaña. El cuerpo sin vida de un hombre importante y bien vestido, recogido en posición fetal, como si estuviera durmiendo, en un maletero de un Renault 5 rojo, abierto por detrás y abandonado delante de unos de los más bellos palacios barrocos del centro de Roma. Finalmente, en un escenario dantesco, de detritos, muertos y heridos, el reloj de una gran estación, partido por la mitad, que marcaría para siempre las 10 y 25. Cuatro imágenes entre mil. Cuatro imágenes muy diferentes entre ellas por escenarios, por el momento, por el tipo de situación que retratan y por sus víctimas. Y, sin embargo cuatro imágenes que comparten muchas cosas, signos visibles de toda una época de política, de tramas, de muerte y de violencia en la Italia de los años 70.

A la hora de hacer una aproximación a aquella etapa quizás valga la pena considerar en primer lugar estos dos extremos: la diversidad y, al mismo tiempo, la unidad. Italia vive en los 70 una violencia política que se expresa en formas muy diversas, que es llevada a cabo por actores muy diferentes y con objetivos muy variados. Por otra parte, se trató de violencia política al fin y al cabo. En otras palabras, en un lapso de tiempo determinado, se produjo un singular consenso por parte de los más diferentes actores en aceptar e incluso promocionar el uso de la fuerza —y, en más de un caso la práctica de la eliminación física de personas— como instrumento válido a la hora de hacer política.

Condicionantes y contexto

Para acercarse al análisis de la realidad que en estas páginas se quiere abordar, parece ineludible formular algunas consideraciones generales que ayuden a definir las condiciones en las cuales se produjo el fenómeno de la violencia política, empezando por las peculiaridades del sistema político italiano.

Italia accedió a la democracia y al sistema republicano después de la segunda guerra mundial, como resultado del descabezamiento del gobierno fascista en plena guerra, en 1943, de la intervención norteamericana y de la lucha partisana —la *resistenza*— entablada en el centro norte por combatientes antifascistas en contra de la ocupación alemana y del gobierno fascista de Saló. Los dos elementos —la lucha partisana antifascista y la intervención norteamericana—, marcarían de manera evidente el carácter y las posibilidades del sistema político italiano.

La guerra partisana, en la cual participaron todos los grupos políticos antifascistas, había sido la experiencia fundacional del nuevo régimen, el lazo que había hecho superar diferencias y desconfianzas entre los diferentes grupos. A la vez, había sido el motor de aquel rescate moral que podía funcionar como pilar de la nueva democracia después de los compromisos que la enorme mayoría de la sociedad italiana había contraído con el régimen fascista. Esta contribución, evidentemente, no puede dejar valorar el peso de la más reciente historiografía que ha discutido la real dimensión cuantitativa y la extensión geográfica del fenómeno *resistencial*, así como ha evidenciado su carácter de guerra civil. Sin embargo, al menos una parte de esta nueva tendencia *revisionista* ha ayudado a una relectura conciente y obligada de nuestro pasado, despojándolo de cierta retórica y facilitando un enfoque plenamente científico¹. Pero justamente este renovado impulso científico, ha contribuido a evidenciar el valor político y simbólico atribuido por la nueva clase dirigente republicana a la guerra partisana en la configuración de la democracia italiana de la posguerra. Esto no quiere minusvalorar los elementos de continuidad con el régimen anterior, que también existieron, sobre todo por la limitación del

¹ La polémica sobre la resistencia tocó su punto álgido en los años 90 y vio contrapuestas dos tendencias: la primera consideraba que la resistencia, en cuanto guerra civil, había dificultado el desarrollo de una plena identidad nacional; la segunda, en cambio, ressaltaba como, a pesar de que la guerra partisana fue limitada geográficamente, sus valores acabaron haciendo mella en la población más allá de la participación directa de los ciudadanos en ella y fueron el cimiento de una nueva convivencia. Para la primera tendencia, véase R. DE Felice: *Rojo y negro* Ariel, Barcelona: 1996, para la segunda P. Scoppola: *25 aprile* Einaudi, Torino: 1996.

proceso de depuración de la administración. Pero sin embargo, en la resistencia y en el valor del antifascismo, los partidos políticos democráticos habían encontrado un elemento casi palingenésico que permitía la construcción de un sistema político nuevo, que superaba el fascismo negándolo. La propia carta constitucional redactada entre 1946 y 1947, tanto por sus contenidos como por los procesos y los actores que le alumbraron, son posiblemente la prueba más evidente de ello.

Por otra parte, es innegable la importancia que jugó el hecho de que fueron tropas americanas las que se encargaron de liberar de los nazis grandes partes del territorio italiano. Italia, sobre todo después de Yalta, quedaría en la órbita de influencia norteamericana, además cual pieza determinante por su posición geoestratégica.

Los dos elementos pues —la génesis *resistencial* y la colocación en el bloque occidental— serán características determinantes y entrelazadas que se combinarán en el desarrollo del sistema democrático italiano, a veces de manera armónica y a veces de manera contradictoria.

Y, posiblemente, en este cuadro, el elemento que confirió al sistema una originalidad irreducible, fue representado por la dimensión, la naturaleza y el dinamismo del Partito Comunista Italiano.

El Partito Comunista Italiano (PCI)² había nacido en 1921 como resultado de la escisión del ala izquierda del partido socialista, radicalizada en consecuencia de la experiencia de la revolución rusa. Durante el fascismo había sido el clásico partido de cuño leninista: fuerte en la clandestinidad, determinado ideológicamente, pequeño en cuanto a sus dimensiones. Sin embargo había tenido entre sus filas intelectuales y militantes más que destacados, como Antonio Gramsci. El PCI, ligado a la tercera internacional y a Moscú en los años 30 —piénsese al papel de Palmiro Togliatti en la guerra de España—, en 1944 operaba un giro estratégico que marcaría su existencia en las décadas posteriores. Por un lado, a través de aquel pacto que se llamó la *svolta di Salerno*, optaba por comprometerse en una lucha antifascista unitaria y coordinada con los aliados, posponiendo en aras de la recuperación democrática y de la liberación del territorio italiano de la ocupación nazi cualquier hipótesis revolucionaria y cualquier discusión sobre el futuro político e institucional. Y, por el otro, abogaba por superar la estructura de partido vanguardia para convertirse en un partido de masas, lo que se llamó, el *partito nuovo*.

Con estas premisas teóricas —en buena parte hijas de la reflexión gramsciana en torno al concepto de hegemonía— el PCI se incorporó a los pri-

² Sobre la historia del PCI hasta el *partito nuovo*, véase los cuatro volúmenes de P. Spriano: *Storia del Partito Comunista Italiano* Einaudi, Torino: 1967-1975.

meros gobiernos republicanos en el bienio 46-47, y participó activamente en la redacción de la nueva constitución.

La colaboración se interrumpiría en mayo de 1947, ya consolidados los equilibrios de Yalta después de un famoso viaje del presidente del Gobierno —el demócratacristiano De Gasperi— a Estados Unidos. Los comunistas y los socialistas —que sufrieron una escisión de su ala atlantista y anticomunista encabezada por el presidente de la asamblea constituyente Giuseppe Saragat— quedaron marginados del gobierno mientras Italia, a partir de 1948, veía la afirmación de la Democracia Cristiana como el eje en torno al cual rotaría todo el sistema político³. La exclusión comunista —y, socialista, hasta los años 60—, determinó una primera fractura importante del sistema político italiano, reforzada a lo largo de los años 50 por una contraposición que se alimentaba también de los escenarios ideológicos internacionales. Sin embargo, no significó una marginación de los comunistas del conjunto del sistema político, entre otras razones porque el PCI mantuvo la unidad sindical y de acción política con los socialistas hasta 1956.

Con unas expresiones que ya se han consolidado en la historiografía italiana, los comunistas, por los imperativos internacionales, habían quedado fuera de la así llamada área de la legitimidad —es decir, de las fuerzas legitimadas a gobernar— pero estaban de pleno derecho en el área de la representación —es decir de las fuerzas presentes en el conjunto de las instituciones democráticas—. Esto le permitiría expandirse a lo largo de toda la década de los 50, de transformarse en un partido de masas, que pronto ganaría la batalla de la hegemonía en la izquierda italiana. Este elemento modificaría de manera substancial el conjunto del sistema político italiano, ya que, a diferencia de cuanto se verificó en otros países europeos occidentales, las dos polaridades conservadurismo/progresismo, serían encarnadas por un lado por la DC, pero por el otro por el PCI y no por un partido socialdemócrata.

En una situación connotada por estos elementos de fondo, se verificaron los grandes cambios —políticos, económicos, culturales y sociales— que caracterizan la historia italiana de los años 60.

Completada su reconstrucción después de la guerra, Italia vivía un importante desarrollo industrial, sobretodo en el norte del país. El *boom eco-*

³ Sobre la crisis de 1947, véase P. Scoppola: *La repubblica dei partiti*, Il Mulino, Bologna: 1992.

⁴ Cfr. G. Sabbatucci: «La soluzione trasformista. Appunti sulla vicenda del sistema politico italiano», en: *Il Mulino*, marzo-abril 1990, p. 172. También se ha hablado de una *conventio ad excludendum*, con respecto al PCI.

nómico, mientras permitía la configuración de una moderna sociedad de consumos, cambiaba para siempre la distribución de la población ocupada. Italia pasaba a ser un país industrial y de servicios, sus campañas se despoblaron, verificándose importantes fenómenos de migración interna, del sur al norte del país. Como resultado de ello, cambiaba también el rostro de la clase obrera italiana. Se difuminaba el perfil del obrero especializado y tradicionalmente reformista para dejar espacio a un nuevo obrero joven, procedente del medio rural y no especializado. Y la mejora de las condiciones económicas de las familias provocó un crecimiento de la población escolarizada en niveles superiores al obligatorio y una diversificación de su procedencia geográfica y social. En otras palabras, se estaba delante de un formidable proceso de modernización de la sociedad.

La política — y, en su centro máximo de decisión, la Democracia Cristiana — intentó, no sin vacilaciones, dar respuesta a los cambios ocurridos. La DC había gobernado gracias a fórmulas de gobierno centristas y moderadas, caracterizadas por gabinetes monocolors del partido católico, a veces apoyados por liberales, republicanos y socialdemócratas atlantistas. No obstante alguna iniciativa importante⁵, el centrismo se había demostrado sustancialmente inmovilista en las políticas sociales, circunstancia que, por otra parte había favorecido el desarrollo y el fortalecimiento del partido comunista. Al final de la década, las fórmulas centristas parecían agotadas y se abría para el partido de mayoría relativa, una disyuntiva importante sobre hacia donde orientar la mayoría de gobierno para enfrentarse a la nueva situación.

En el partido católico se impuso inicialmente una línea continuista y conservadora. Así, en 1959 se reproponía la fórmula centrista, además reforzada a la derecha, gracias al apoyo externo de la derecha neofascista del Movimento Sociale Italiano (MSI).

La experiencia del gobierno de centroderecha presidido por el democristiano Tambroni, fue desastrosa. Además, el gobierno se había enfrentado duramente a una espontánea y masiva movilización antifascista en verano de 1960, que, desencadenada por la pretensión del MSI de celebrar su congreso en Génova, ciudad mártir de la *resistenza*, fue reprimida por la policía provocando muertos y heridos⁶. La fuerza de la movilización impulsó finalmente a la dirección democristiana hacia elecciones más va-

⁵ Ese es el caso, por ejemplo, del Piano INA-Casa, un poderoso proyecto de construcción de vivienda pública. Véase AA.VV. *Fanfani e la casa. Gli anni Cinquanta e il modello italiano di welfare state. Il piano INA-Casa* Rubbettino, Soveria: 2002.

⁶ Véase P. Cook: *Luglio 1960: Tambroni e la repressione fallita* Teti, Milano:2000.

lientes⁷. Así, en 1962, la DC elegía una prudente pero sólida apertura a la colaboración con los socialistas, que, después de 1956, habían definitivamente abandonado cualquier vinculación con Moscú.

Las experiencias de los gobiernos de centroizquierda, queridas por la parte más progresista de la Democracia Cristiana, y en particular por Aldo Moro, implicaron —al menos en el papel— un importante compromiso en pro de reformas importantes en los campos de la planificación económica y de la instrucción pública. Pero el impulso reformador inicial, que generó más de una resistencia⁸, no fue en definitiva capaz de dar respuestas adecuadas a los cambios profundos ocurridos en la sociedad italiana.

En este contexto, socialmente expansivo, pero políticamente débil y bloqueado se verificaron los grandes movimientos sociales del bienio 68-69.

Si el movimiento estudiantil italiano tuvo en el rechazo de la moral tradicional y en su carácter generacional puntos en común con análogas experiencias de aquel momento, tuvo también elementos estrictamente propios, derivados de la situación interna del país. Los universitarios italianos concibieron su lucha en una dimensión micro —es decir dentro de la universidad— y macro —es decir, orientada a las grandes cuestiones internacionales, piénsese las movilizaciones en contra de la guerra del Vietnam—, pero también supieron llevar su crítica, feroz y esperanzada a la vez, a un terreno más concreto, sacudiendo a fondo no sólo la sociedad sino la política italiana de 1968. Esto no quiso decir en absoluto que los estudiantes operaron una elección de tipo partidista. Al contrario, las relaciones entre el PCI —el partido más interpelado por la movilización— y los estudiantes, fueron en general dialécticas. Pero sin duda, a pesar del carácter radical de los grupos que se crearon dentro del movimiento —que, críticos con el PCI, le acusaban de moderantismo, burocratización y estalinismo—, en líneas generales los estudiantes de 1968 no renunciaron a creer que el sistema y la organización social en Italia pudieran realmente cambiar, y además de forma pacífica.

⁷ Tambroni, como ministro del interior había destacado por un uso desproporcionado de los servicios de seguridad en función anticomunista, con el fichaje de miles de políticos, intelectuales y sindicalistas, véase P. Di Loreto: *La difficile transizione. Dalla fine del centro-sinistra 1953-1960* Il Mulino, Bologna: 1993, pp.240-246.

⁸ En 1964 el general de los servicios de seguridad SIFAR, Giovanni De Lorenzo, había preparado, bajo petición del presidente de la Repubblica Antonio Segni, un plan, el *Piano Solo*, que, en caso de alteración del orden público, peveía la ocupación por parte de los carabinieri de las oficinas gubernamentales, de los centros de comunicación y de las sedes de los partidos de izquierdas. Adjunta al plan había una larga lista de nombres de ciudadanos por vigilar. La filtración de la noticia, en 1967, originó las dimisiones del general.

Fue posiblemente esta confianza de fondo, este carácter intrínsecamente constructivo que facilitó el dialogo con los obreros, prolongó y extendió mucho más allá en el espacio, en el tiempo y en los más distintos sectores sociales el influjo de aquel movimiento. En definitiva, con una periodización incluso muy limitativa, se puede decir que el 68 en Italia duró como mínimo dos años. Las movilizaciones obreras del otoño de 1969 —lo que se llamó el *otoño caliente*— representaron un continuum con respecto al movimiento de los estudiantes. No tanto o no sólo porque los protagonistas de las movilizaciones obreras fuesen, en su mayor parte, los nuevos obreros jóvenes, que compartían quizás más con sus coetáneos estudiantes que con los obreros mayores y especializados, sino porque sus reivindicaciones e incluso sus formas de lucha, se saldaron casi naturalmente con las avanzadas por los universitarios. La explosión de las prácticas de democracia directa, tanto en la fábrica como en los ateneos y en el territorio, fueron buena prueba de ello. En síntesis, se trataba de la movilización de una parte de sociedad nueva, crecida después de la guerra, que en múltiples ámbitos y niveles pedía a gritos la construcción de una sociedad más libre y equitativa que contara con su contribución, es más, que la viera como protagonista.

El saldo inmediato de las movilizaciones del bienio 68-69 fue importante. Sólo hace falta pensar en la liberalización del acceso a la universidad (1969); en la firma de importantes convenios colectivos de la industria (1969), que mejoraron sensiblemente las condiciones económicas, de trabajo y de prácticas democráticas en las fábricas; en la aprobación del estatuto de los trabajadores o de la ley del divorcio (1970).

Sin embargo, a pesar de la importancia de estas medidas, el calado y la diversificación de las reivindicaciones planteadas, que tocaban el corazón de la misma organización social, económica, política y de valores del sistema, acabaron por provocar una ola larga de los movimientos que invistió de lleno en el conjunto del sistema político.

En concreto, si con la aprobación de las medidas citadas la política oficial había dado señales de una cierta capacidad de reacción, los partidos políticos y las mismas organizaciones sindicales consiguieron sólo a medias interpretar el sentido del cambio profundo marcado por aquellos movimientos. El sindicato mayoritario, la CGIL, había conseguido estar en el movimiento e incluso le había impulsado, pero en más de una ocasión había mostrado un cierto retraso en entender razones, formas de expresión y, incluso sujetos motores del *otoño caliente*. Para las instancias gubernamentales, el 68-69 había sido la prueba del algodón de la inoperancia objetiva de las fórmulas de centroizquierda y de la insuficiencia de su proyecto reformador. Las elecciones legislativas de 1968 habían visto

fortalecidas las posiciones del PCI, que, aunque no llegó a ganar los comicios, había vuelto a subrayar todos los límites que representaba la exclusión sistemática de los comunistas del área de la legitimidad para el buen funcionamiento del sistema político.

Las movilizaciones de finales de los años sesenta habían *objetivamente* inclinado a la izquierda una parte cuantitativa y calificativamente importante de la sociedad italiana, una inclinación que, dados todos los condicionantes mencionados, no podía encontrar resolución política a la vez que había alertado profundamente los sectores conservadores, tanto internos como internacionales. En la imposibilidad de superar este bloqueo, en la movilización de los sectores reaccionarios —públicos u ocultos— así como en el final del ciclo expansivo de los años 60, encuentran sus raíces los diversificados fenómenos de violencia política de la década siguiente.

1969-1974: *Strategia de la tensione*, pruebas técnicas de lucha armada y antifascismo militante

La primera de las imágenes citadas en estas páginas hace referencia a la detonación de una fuerte carga explosiva en una agencia bancaria, en la milanesa Piazza Fontana, en diciembre de 1969, que mató a 17 personas e hirió a 88. Todos los estudios convergen en identificar aquel hecho como el pistoletazo de salida del fenómeno de la violencia política en Italia. Lo fue sin duda por la crueldad de sus consecuencias directas, por sus modalidades pero también por el momento en el cual se verificó, por las sombras que poblaron las encuestas judiciales y, más en general, por el clima que desencadenó. Sin entrar a fondo en los acontecimientos, baste con decir que la detonación de la bomba llegaba justo después de la firma de importantes convenios colectivos de la industria. Justo después de la masacre, en medio de una campaña de prensa alarmista, fueron indicados como responsables un grupo de anarquistas milaneses. Uno de ellos, Guisepppe Pinelli, empleado de ferrocarril, fue detenido por la policía y murió en circunstancias extrañas precipitándose desde el cuarto piso de la comisaría. Sólo muchos años después, y con evidentes lagunas en la reconstrucción de los hechos, la justicia condenó como ejecutores materiales del atentado a dos destacados neofascistas.

La bomba de Piazza Fontana daría inicio a todo un filón de acontecimientos violentos a lo largo de los años, frutos de un diseño político reaccionario denominado *strategia della tensione* (estrategia de la tensión) caracterizado por actos de violencia masivos e indiscriminados, nunca reivindicados pero generalmente promovidos y/o encubiertos por una par-

te de los servicios secretos y de los aparatos del estado y ejecutados por grupos de matriz neofascista, sobretudo Avanguardia Nazionale y Ordine Nuovo⁹.

El objetivo de estas acciones, que siempre iban acompañadas de un intenso trabajo de desviación de las investigaciones para adosar responsabilidades sobre grupos de izquierda¹⁰, era sembrar en la opinión pública un sentimiento de inseguridad que justificara la intervención de un gobierno fuerte que pusiera un freno a los movimientos sociales progresivos. Y, en realidad, la posibilidad de un giro autoritario era más que presente, como demostró el descubrimiento de un proyecto de golpe de estado, encabezado por el ex militar fascista Junio Valerio Borghese, que hubiera tenido que verificarse en la noche entre el 7 y el 8 de diciembre de 1970 y que se demostró que contaba con la complicidad de sectores políticos, de las fuerzas armadas y de los servicios de seguridad¹¹.

Los atentados achacables directamente a la *strategia della tensione*, con similar dinámica y con la concurrencia más o menos explícita del mismo tipo de actores, se repitieron de manera análoga hasta 1974. Entre muchos otros, los acontecimientos más sangrientos se verificaron en Peteano en mayo 1972 (tres carabinieri muertos mientras registraban un coche bomba); en Milán en mayo 1973 (cuatro muertos por el lanzamiento de una bomba por un sedicente anarquista, que se demostrará ser un neofascista vinculado a los servicios de seguridad del ejército y a ambientes de la OTAN); en Brescia, en mayo 1974 (ocho muertos por una bomba colocada en una plaza durante una manifestación sindical); y, finalmente, en el tren Italicus en agosto de 1974 (doce muertos por una bomba). Por lo que se refiere a los últimos dos atentados, no obstante la justicia ha podido demostrar la implicación de servicios de seguridad y grupos neofascistas, todavía no ha podido identificar claramente los ejecutores materiales.

La expresión *strategia della tensione*, entrada en el léxico común ya desde los primeros momentos, sugiere la existencia de un vínculo estable entre los distintos actores comprometidos y de una estructura claramente reconocible. En realidad, sería más correcto hablar de un diseño político oculto, con fines claramente antidemocráticos, compartido por sectores desviados del estado y organizaciones neofascistas que construye a lo largo

⁹ Sobre estos dos grupos, véase F. Ferraresi: *Minacce alla democrazia. La destra radicale e la strategia della tensione in Italia nel dopoguerra* Feltrinelli, Milano: 1995.

¹⁰ Una de las técnicas más utilizadas era la de la infiltración de elementos neofascistas en los grupos de extrema izquierda.

¹¹ C. Arcuri: *Colpo di Stato* Rizzoli, Roma: 2004.

de los años relaciones delictivas que garantizan, directa o indirectamente, complicidades y encubrimientos mutuos.

En este sentido, vale la pena hacer una pequeña digresión con relación al papel jugado por los servicios secretos estadounidenses y las estructuras militares de la OTAN. Las evidencias judiciales han substancialmente excluido a lo largo de los años una intervención directa por parte de los EE.UU. en la planificación y en la ejecución de los atentados que ahora se están analizando. Es más, los estudios más recientes avalan la tesis de una substancial incapacidad por parte de los gobiernos norteamericanos en siquiera comprender a fondo la situación política italiana¹². En este sentido, como se ha subrayado, los estrategias de la tensión fueron fundamentalmente italianas¹³. Otra cosa, judicialmente comprobada, es que sectores de la administración americana y de la OTAN, objetivamente interesados en una estabilización conservadora del aliado italiano, fueran informados de este tipo de iniciativas y las sostuvieran financieramente¹⁴. La prueba quizás más evidente de ello sea el hecho de que las sinergias que se crean y orientan la estrategia de la tensión tienen sus antecedentes en las relaciones construidas dentro de las estructuras paramilitares creadas por la OTAN justo después de la guerra en clave anticomunista¹⁵.

La prontitud con la cual se popularizó la expresión *strategia della tensione* da la medida de cómo en la opinión pública y, especialmente, en la de izquierda, se tuviera la precisa conciencia de la voluntad de ciertos poderes fuertes de mermar con acciones violentas, las posibilidades de cambio abiertas con las luchas del bienio 68-69. A manera de ejemplo, sólo hace falta pensar que pocos días después del atentado de Piazza Fontana, cuando todavía los medios *oficiales* avalaban la validez de la pista anarquista, el popular semanario de izquierda *L'Espresso* titulaba a toda página «Una bomba contro il popolo»¹⁶. La extraña muerte de Pinelli, achacada por buena parte de los grupos de izquierda y del *movimiento* al comisario Calabre-

¹² Véase U. GENTILONI SILVERI: «Un ponte verso l'ignoto» en *Studi Storici* (2001) n. 4, pp. 989-1020.

¹³ F.M. Biscione «I poteri occulti, la strategia della tensione e la loggia P2» en: AA.VV. *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta* Rubbettino, Soveria: 2003, pág. 245.

¹⁴ *Ibidem*

¹⁵ Se trata de estructuras paramilitares ocultas, como Stay Behind o Gladio, cuya existencia era conocida sólo por algunos miembros del gobierno y nunca por el parlamento. Sin embargo, al lado de la función preventiva con respecto a una posible invasión soviética, estas organizaciones —y, en particular, Gladio—, desarrollaron una intensa actividad de información, llegando a configurar planes de intervención en caso de una victoria democrática de los comunistas italianos. Véase A. Cipriani y G. Cipriani: *Sovanità limitata. Storia dell'eversione atlantica in Italia* Edizioni Associate, Roma: 1991, pp.191 y ss.

¹⁶ *L'Espresso*, 21 de diciembre de 1969.

si, responsable de su interrogatorio — se decía, incluso en una famosa canción, que el comisario *había suicidado* a Pinelli¹⁷ — acabaron por extender la sensación y convertirla en un verdadero análisis político¹⁸.

Es difícil saber hasta qué punto la violencia política protagonizada por los grupos de izquierda fue realmente de carácter reactivo. Sin embargo, esta es la tesis de muchos de los integrantes de las organizaciones armadas de izquierdas que se crearon en aquella época y parece ser una tesis fundamentalmente válida. No obstante, su validez no la convierte en la única variable explicativa ni en aquella que pueda arrojar luz sobre todo el fenómeno de la violencia política de izquierdas. Al lado de la reacción a la agresión representada por la estrategia de la tensión, hay que considerar también las influencias exteriores — piénsese a la influencia sobre los grupos de izquierda de la época de los movimientos guerrilleros latinoamericanos o incluso africanos —, y, de una manera más problemática, a la propia cultura de los comunistas italianos y a su actuación política en aquel momento. Sobre este último punto, la polémica, tanto entonces, como en los años siguientes, fue muy dura. La cuestión, lejos de ser meramente teórica, tenía unas consecuencias inmediatas, sobretodo por los ataques que los comunistas recibieron por parte de la opinión pública conservadora.

El PCI mantuvo hacia los grupos que se habían creado a su izquierda en el bienio 68-69 — incluso antes que se radicalizaran, y, algunos de ellos, pasaran a la acción violenta — una actitud de substancial incompreensión cuando no directamente de displicencia. Y, sin embargo, de alguna manera, aunque fuera por oposición, algunos de estos grupos habían reivindicado abiertamente un entroncamiento con cierta cultura comunista. Alberto Franceschini, uno de los fundadores las Brigadas Rojas, cuenta cosas significativas en este sentido acerca de la fundación de esta última organización¹⁹. Franceschini, ex militante de la federación juvenil del PCI de Reggio Emilia, cuenta cómo un anciano ex partisano le entregó una vieja pistola suya, que había estado guardando desde el final de la guerra a la espera de la hora de la revolución. Y habla también de la fundación de las Brigadas Rojas como de la recuperación de un hilo rojo, que conectaba de manera ideal con la experiencia y las ilusiones de todos aquellos partisanos comunistas que al final de la guerra se habían sentido traicionados por la decisión del partido de abandonar la idea

¹⁷ «Quella sera a Milano era caldo/Ma che caldo che caldo faceva/È bastato aprir la finestra/Una spinta e Pinelli cascò». *La ballata del Pinelli*, canción popular, 1969.

¹⁸ Poco después del atentado salió un lúcido y se diría profético libro en que se insertaba la bomba de piazza Fontana en la estrategia de la tensión, vinculándola también al intento de golpe de Borghese. AA.VV: *La strage di stato* Samona e Savelli, Roma: 1970. El libro es hoy consultable on line: www.strano.net/stragi/tstragi/pfontana/index.html

¹⁹ A. Franceschini: *Mara, Renato e io* Mondadori, Milano: 1999.

de una insurrección armada que facilitara un cambio de régimen. El PCI había dado pruebas decisivas de esta voluntad, exigiendo al final de la guerra la total desmilitarización de los grupos partisanos. En 1948 se había vuelto a reafirmar en esta posición cuando, después de un atentado casi mortal a su secretario Togliatti, había bloqueado los fermentos revolucionarios de una parte de sus militantes. Más allá del número de los militantes comunistas realmente dispuestos a coger las armas, cierta cultura de la insurrección había existido entre los militantes del PCI. Una suerte de subcultura dentro de la cultura comunista, minoritaria pero existente. Por otra parte, otros sujetos no procedentes de la militancia del partido, otras culturas izquierdistas, maduras en las experiencias de lucha del 68-69, de alguna manera habían querido en aquellos años poner en causa el PCI y todo lo que representaba, retándole directamente a confrontarse, a tomar nota de que a su izquierda había crecido todo un mundo del cual — siendo como era el sujeto político de referencia de la izquierda — no podía desentenderse.

Se trata de la famosa polémica del «album de familia», propiciada en 1978 por una intelectual del rango y de la finura de Rossana Rossanda, que había militado en el PCI muchos años y que lo había abandonado polémicamente justamente en 1968. Rossanda, ya cuando los mayores estragos de la lucha armada de izquierda se habían consumido, pedía al PCI reconocer ciertas responsabilidades políticas. Lejos de querer establecer vínculos directos, la fundadora de *Il Manifesto*, pedía un reconocimiento dijéramos *objetivo*: si el PCI había sido, para bien y para mal, el gran motor político, cultural y social de la izquierda italiana, no podía dejar de reconocer, aunque fuera como hijos ilegítimos, aquellos que, en nombre de la lucha de clase y de la oposición activa a una posible involución autoritaria, habían tomado las armas. No se trataba de admitir responsabilidades concretas — que no existían —, sino de reconocer que los fenómenos de oposición violenta a la estrategia de la tensión, así como las degeneraciones armadas que siguieron a los movimientos sociales del 68-69, posiblemente encontraran parte de su razón de ser en la incapacidad del partido de comprenderlas, orientarlas y conjugarlas democráticamente antes que fuera demasiado tarde²⁰.

El caso de los dos grupos izquierdistas más importantes de los primeros años 70, los Gruppi d'Azione Partigiana (GAP), y las Brigadas Rojas (BR) — hasta la detención de buena parte de su núcleo fundador en 1975 —, parecen en alguna medida, avalar esta hipótesis.

²⁰ Sobre toda la polémica, véase E. Taviani: «PCI, estremismo di sinistra e lotta armata» en: AA.VV. : *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta* Rubbettino, Soveria: 2003, Vol IV, pág. 245-247.

Los primeros, liderados por el editor milanés Giangiacomo Feltrinelli²¹, se fundaron en la capital lombarda en 1970. Significativamente, tenían sus grupos de militantes más numerosos en el tradicional triángulo industrial italiano: Milán, Génova y Turín. En este caso, la génesis del grupo tenía una matriz explícitamente reactiva, como demuestran las publicaciones del grupo antes que pasara a la ilegalidad. Feltrinelli estaba fuertemente convencido de la inminencia de un golpe de estado en Italia y, por lo tanto, de la insuficiencia —puesto que los grupos dominantes ya habían elegido el terreno de la confrontación violenta— de cualquier tipo de acción pacífica de las masas no ya para la construcción del socialismo, sino incluso para la defensa de la constitución democrática. Es desde esta convicción, y de la paralela constatación de la existencia de un momento revolucionario en el mundo —los contactos del editor con Cuba, por ejemplo, son significativos— que el grupo planteó una acción armada de la clase obrera. En un primer momento, las acciones de los GAP se limitaron a unos cuantos atentados demostrativos y a la construcción de instrumentos de propaganda —como el periódico significativamente titulado *Nuova Resistenza*— en los cuales encontraron sus espacios de expresión también otros grupos, incluidas las Brigadas Rojas. En 1972 el grupo decidió efectuar un salto de calidad a través de la que llamó un poco pomposamente una «ofensiva revolucionaria». La «ofensiva revolucionaria» tuvo corta vida: Giangiacomo Feltrinelli moría —con una dinámica nunca esclarecida del todo— mientras ponía una fuerte carga explosiva en un pilón de la luz en las afueras de Milán, en marzo de 1972. Los procedimientos judiciales que siguieron al caso llevaron a la desarticulación del grupo y la mayor parte de los militantes jóvenes, no directamente implicados en el caso, pasaron a militar en las Brigadas Rojas. Aquí estriba una de las características significativa de los GAP: entre sus filas no sólo se encontraban jóvenes de izquierda que se habían radicalizados en las luchas del 68-69, sino también más de un ex partisano.

Un discurso al menos en parte diferente se tiene que hacer respecto a las Brigadas Rojas, no sólo por ser la organización más sólida, más activa, más longeva y más influyente, sino también por el perfil de sus fundadores y militantes. A parte Franceschini, las otras tres figuras centrales del núcleo fundador del grupo fueron Renato Curcio, su mujer Margherita Cagol, y Mario Moretti.

Renato Curcio —ideólogo del grupo— y Margherita Cagol tenían formación católica y venían directamente de la experiencia del movimiento

²¹ Sobre la figura de Feltrinelli véase C. Feltrinelli: *Senior Service. Biografía de un editor* Tusquets, Barcelona: 2001.

estudiantil de Trento. Mario Moretti, en cambio, técnico en la industria Sit Siemens de Milán, venía de la radicalización de las luchas de fábrica. En su fase inicial, también las BR surgen, al menos en parte, de un impulso reactivo. Fundadas entre 1970 y 1971 en Milán, según sus primeros documentos, las BR nacen de la convicción que el nivel del conflicto de clases en Italia estuviera llegando a formas cada vez más cruentas y, en definitiva, Italia estaba delante del intento de la burguesía de imponer un régimen autoritario. En este cuadro, la formación de un grupo armado, con la función de intervenir como apoyo en las luchas de fábrica, tendría el cometido de fomentar la agudización del conflicto y poner las premisas para la formación de una organización político-militar amplia, capaz de hacer frente a los peligros de una involución autoritaria. En los primeros años 70, las Brigadas Rojas —tan solo pocas decenas de militantes concentradas entre Milán y Regio Emilia—, también se limitaron a acciones demostrativas, fundamentalmente secuestros y violencia no mortal en contra de dirigentes de fábrica. En este cuadro, dos elementos parecen extremadamente interesantes. En primer lugar, que las BR, a diferencia de los demás grupos de la extrema izquierda, se abstendrían de formular críticas directas al PCI. En buena parte esto se debió a que su ámbito de actuación, en los primeros años, fueron fundamentalmente las fábricas del norte, allí donde la afiliación al PCI y al sindicato CGIL era muy alta. En este sentido, se puede hablar de un intento consciente de atraer hacia sus posiciones a una parte de la base comunista, intento que, en cierta medida, tuvo éxito. Si bien pocos militantes comunistas entraron en la organización, es también cierto que hasta el bienio 74-75, las acciones de los brigadistas no fueron directa y contundentemente condenadas, como aconteció en los años siguientes. Muchos, entre los obreros militantes del PCI y afiliados a la CGIL, sin compartir los métodos utilizados por las Brigadas Rojas, concebían sus acciones en el marco más general de las luchas de aquella época.

El segundo elemento, en cambio, hace referencia a las relaciones —no sólo concretas sino también ideológicas— entre las primeras BR y la galaxia de grupos de extrema izquierda surgidos a raíz de los movimientos de los años precedentes, relaciones que, si se exceptúa los GAP, son prácticamente inexistentes. Este extremo parece revestir cierta importancia, porque justo en aquellos años fue extremadamente vivo el debate entre estas organizaciones sobre la violencia y la construcción del «partido armado», debate en el cual las Brigadas Rojas no demostraron ningún interés en participar. Con esto se quiere decir que en su primera fase, las BR ostentaron una cierta pureza y originalidad ideológica que perdieron cuando, caído el primer grupo dirigente, se podrán reorganizar sólo gracias a la confluencia de militantes de otras organizaciones.

La referencia a los grupos de extrema izquierda, permite introducir la última modalidad de violencia política presente en los primeros años 70. Se trató, en su gran parte, de una violencia fundamentalmente atomizada, —es decir, no propia de un proyecto político y militar concreto—, de relativa baja intensidad —bombas en sedes, palizas, pero también algún homicidio más o menos intencionado— resultante de los choques violentos en el territorio entre extremistas de izquierda, fuerzas del orden y militantes de derecha. En general, los grupos neofascistas gozaron de cierta impunidad, situación que llevó más de un grupo de izquierda a plantearse la necesidad de ejercer un *antifascismo militante*, que implicara también el uso de la violencia.

Un caso paradigmático, en este sentido, es representado por Lotta Continua, formación nacida en Turín en 1969 del encuentro de estudiantes procedentes de las universidades de Milán, Trento y Pisa y de un grupo de obreros de la FIAT. De largo el grupo con más proyección y militantes —llegó incluso a participar a unas elecciones generales y publicó durante años un diario—, fue la organización de la izquierda revolucionaria por antonomasia. Crítica con el PCI, autora de una interpretación libertaria del marxismo leninismo y atenta a los sectores más marginales de la sociedad —lumpen, detenidos, proletarios metropolitanos...—, consideraba estos últimos sujetos «potencialmente revolucionarios» como o incluso más que la clase obrera organizada. Con respecto a la violencia, LC hacía una defensa e incluso una exaltación de la violencia de masas, considerada una respuesta natural a la que consideraba la violencia interna, ontológica del sistema burgués. En este cuadro participó a fondo en el debate sobre la violencia de los primeros años 70 y no escatimó apoyos a las acciones en las fábricas y en contra de los neofascistas y de las fuerzas de seguridad. Con todo, siempre rechazó la idea del partido armado, considerándolo una opción elitista, lejana de las masas y, en definitiva contraproducente. Esta análisis, consagrada definitivamente por el ya partido en 1974-75, originó la salida de muchos de sus militantes que se pasaron a la lucha armada generando así su definitiva crisis.

El ciclo iniciado en 1969 se cerró entre 1974 y 1975 por varias razones que concurrieron a mutar sujetos implicados, razones, formas y objetivos de la violencia política.

En primer lugar, en 1974 fueron cesados de sus cargos algunos personajes clave de los servicios de seguridad, de los Carabineros y de la oficina Asuntos Reservados del Ministerio de Interior, y fueron disueltas dos de las organizaciones neofascistas más activas y que más contactos con apa-

ratos del estado habían tenido, Avanguardia Nazionale y Ordine Nuovo²². Esto no quiso decir que el diseño político reaccionario que estuvo detrás de la estrategia de la tensión fuera definitivamente abandonado, sino simplemente que cambió referentes, instrumentos y modalidades de actuación, dedicándose fundamentalmente a la intriga política y económica y a la capitalización de la violencia de otros actores, como demostró la creación de la logia masónica P2²³.

En segundo lugar, en 1975 fueron detenidos definitivamente dos de los fundadores de las BR —Curcio y Franceschini— y un tercero —Mara Cagol—, murió en un tiroteo con la policía. El descabezamiento de la dirección brigadista —que todavía no había cometido delitos de sangre— provocó primero una cierta parálisis en la organización y después la emersión de una nueva cúpula dirigente, encabezada por Mario Moretti. La nueva dirección, incorporó militantes procedentes de otras organizaciones, sobretudo de cuño obrerista, y cambió de manera sensible el perfil humano, ideológico y de actuación de la organización.

Y finalmente, dos elementos de carácter general pero no por esto menos significativos, contribuyen al cierre de un ciclo y a la apertura de otro. Por un lado la situación económica y social italiana había cambiado. La crisis petrolífera de 1973 había afectado de manera sensible la economía llegando a producir una inflación de dos cifras. Esto provocó una ulterior pérdida de confianza de los ciudadanos en las posibilidades del sistema político²⁴ y tuvo repercusiones importantes sobre los movimientos sociales:

²² F.M. Biscione «I poteri occulti, la strategia della tensione e la loggia P2» en: AA.VV. *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta* Rubbettino, Soveria: 2003, pág. 246-248.

²³ Logia masónica, encabezada por Licio Gelli, que intentó entre 1965 y 1981, de condicionar en sentido reaccionario los procesos políticos, a través de la infiltración de afiliados en la magistratura, en el Parlamento, en el ejército y en la prensa. Los objetivos de la organización se explicitaron en el *Piano di Rinascita Democratica*, encautado a la hija de Gelli en 1982. Responsable de la desviación de las investigaciones judiciales sobre los más sangrientos episodios de violencia política, de especulaciones financieras y de contactos con la mafia, fue objeto de la investigación de una comisión parlamentaria que estableció su naturaleza de organización antidemocrática y subversiva y fue disuelta en 1981. Entre sus afiliados, se cuentan los generales de los carabinieri Vito Miceli, Pietro Musumeci, Giuseppe Siracusano, Giovanni Allavena, Franco Picchioni e Giulio Grassini; los coroneles Antonio Labruna y Manlio Del Gaudio; el general del ejército Giuseppe Santovito; los magistrados Giuseppe Croce y Giovanni Palaia; los periodistas Maurizio Costanzo, Franco Di Bella, (director del *Corriere della Sera*), Roberto Gervaso, Gustavo Selva; los políticos Mario Tedeschi ed Enrico Manca; el editor Angelo Rizzoli y los empresarios Pierluigi Acconero y Silvio Berlusconi.

²⁴ Según datos EUROSTAT, en 1970 los italianos muy o totalmente insatisfechos con su sistema democrático eran el 72%. En 1976, el porcentaje había subido al 80%, contra

en un contexto de encogimiento y a la vez de radicalización de estos últimos, se verificó una lenta pero inexorable pérdida de peso de la centralidad obrera, en favor de nuevos sujetos más difusos y menos organizados, como las mujeres, el proletariado metropolitano y los marginales.

Por el otro, entre 1974 y 1975 se empezaron a ver movimientos convergentes y concretos hacia aquel pacto entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano que se acabó llamando el *compromesso storico*. Querido por el secretario comunista Berlinguer en función de resistencia democrática en vista de una posible evolución chilena de la situación política italiana y promovido por Aldo Moro como medida de ensanchamiento de las bases sociales y políticas de un sistema que creía tocado de muerte, el *compromesso storico* ligaba en la defensa de las instituciones republicanas los dos mayores partidos políticos italianos, expresión de casi el 70% de los ciudadanos²⁵. La soldadura —desde puntos de partida y con objetivos diversos— de estas dos fuerzas políticas, cerraba la puerta definitivamente a quienes, desde la derecha o desde la izquierda, habían abogado por un cambio radical. DC y PCI juntos, en definitiva, eran el estado. Y, en la siguiente fase, fue exactamente en contra de este último, que se dirigieron los ataques.

1974-1980 Al corazón del estado

Los años que van de 1974 a 1980 son los años más cruentos de la violencia política en Italia, los que cuentan con un número más alto de víctimas mortales.

En general, se trata de una etapa marcada por una agudización de los fenómenos de violencia difusa y, sobre todo, por la emersión de grupos políticos claramente orientados a la lucha armada, tanto de derecha como de izquierda.

Por lo que se refiere a los primeros, se verificó un poco pero significativo fenómeno de *revolucionarismo* de derecha, protagonizado por grupos que poco tenían que ver con las organizaciones clásicas del neofascismo italiano. Como se vio, éstos últimos habían colaborado a fondo en aquel proyecto político de restauración conservadora que había sido la estrategia de la tensión. En otras palabras, no habían rechazado colaborar con una

un 45% de los ciudadanos de la Comunidad europea, un 40% de británicos y un 20% de alemanes occidentales.

²⁵ Véase P. Scoppola: «Una crisi politica e istituzionale» en: AA.VV. *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta* Rubbettino, Soveria: 2003 Vol. IV, pp. 26-27.

parte del estado —por muy desviada que fuera— para fortalecer algunas posiciones dominantes en contra de posibles cambios de tendencia progresiva. Pero el tipo de violencia ejercida por la derecha después de 1975, sus objetivos e incluso sus modalidades cambiaron radicalmente. En este nuevo fenómeno jugó un papel relevante el elemento generacional, ya que los nuevos militantes, antes de cualquier discurso ideológico particular, habían respirado el clima de ruptura con el pasado que los movimientos del 68-69 habían representado para el conjunto de la sociedad italiana. Las nuevas organizaciones de derecha ya no se conformaban con un papel *conservador*, sino que reivindicaban una voluntad clara de dar al traste con el sistema más que de reorientarlo en sentido reaccionario. Es en este cuadro que se tiene que leer el homicidio, en 1976, del juez Occorsio, de la mano de Pierluigi Concutelli, militante de un extemporáneo grupo unitario creado en 1975 de los restos de Avanguardia Nazionale y Ordine Nuovo, que da inicio a la nueva fase.

Como corolario necesario de esta mutación, cambiaron también las relaciones con el MSI: si los grupos «tradicionales» habían tenido siempre alguna vinculación, por indirecta que fuese, con este partido, a partir de 1976 —y salvo alguna excepción aislada—, los contactos se hicieron inexistentes.

Un galimatías de siglas —realmente asombrosa en cuanto a cantidad, tanto que se habló de «espontaneísmo armado»²⁶, que se hicieron tristemente famosas en la segunda mitad de los años 70, cuyas acciones parecían ser apoyadas por exigencias existenciales antes que políticas²⁷.

Con esto no se quiere dar una explicación meramente psicológica de las acciones de estos grupos, sino que se quiere focalizar la atención sobre un elemento que parece ser el denominador común de esta nueva derecha: faltos de un perfil ideológico claro y dotados, en cambio, de una paralela y desesperada necesidad de rebelión, concibieron la violencia como la única manera de existir políticamente. Una concepción que, además, entroncaba con la idea propia del primer fascismo de la violencia como elemento purificador y constructor de una sociedad nueva.

²⁶ Con todo, las tres organizaciones más importantes fueron *Costruiamo l'Azione* —que llegó incluso a plantear a los grupos de extrema izquierda una improbable alianza antisistema—; *Terza Posizione* —que abogaba por un «estado del pueblo» que superara la dicotomía entre capitalismo y marxismo—y los *Nuclei Armati Rivoluzionari*. Esta última organización, de largo la más activa, incluso omitía hacer público cualquier programa político concreto.

²⁷ Véase A. Ventrone: «L'assalto al cielo. Le radici della violenza politica» en: AA.VV. *L'Italia repubblicana nella crisi degli anni settanta* Rubbettino, Soveria: 2003, Vol IV, pp.181-201.

La historia del revolucionarismo de derecha se cerró alrededor de 1980, aunque hubo algún coletazo hasta 1982. En una constante y macabra competición con la lucha armada de izquierda en la cual siempre fueron inferiores, comprometidos gravemente en muchos casos con el crimen organizado, minados por las confesiones de cuantos ya estaban en manos de la policía, a principio de la década de los 80 la mayoría de los dirigentes neofascistas estaban en la cárcel.

Un discurso forzosamente más complejo se tiene que hacer por lo que se refiere a los grupos armados de izquierda, además porque su historia se cruzaría con un nuevo movimiento de estudiantes, en 1977, que, mucho más antisistema y mucho menos confiado que el de 1968, tendría en el uso de la violencia uno de sus temas más debatidos y, por algunos sectores, aceptado²⁸. Así que los grupos de extrema izquierda acabarían dividiéndose entre los partidarios de la violencia de masa —será este el caso, por ejemplo de Autonomía Operaia— y de la lucha armada propiamente dicha. La única excepción fue Prima Línea, grupo en buena parte formado por ex militantes de Lotta Continua y Autonomía Operaia, que propugnó un singular modelo que conjugaba la lucha armada clandestina y la presencia pública en los movimientos.

Pero la mayoría de los grupos acabarían decantándose por la idea del «partido armado» y por eso gravitaron, ideológica o materialmente, en torno a las Brigadas Rojas.

Como se vio, en 1975 ya estaba en la cárcel gran parte de núcleo fundador del grupo y la represión que siguió a las detenciones, dejó la organización en poco más de una decena de personas en libertad. Pero ya a partir de 1976 las BR empezaron a invertir la tendencia y conocieron una expansión que duraría hasta 1978. Todavía parece poco claro el como se verificó esta recomposición: algunos hablan de posibles contactos con los países del Pacto de Varsovia (interesados a poner trabas al *compromesso storico*); otros de un papel activo del crimen organizado; otros, finalmente, apuntan a la crisis de otras organizaciones de extrema izquierda, que habría proporcionado el material humano para la reconstrucción²⁹. Es razonable suponer que se trató de una combinación de muchos factores, pero sea como fuera, en 1976 las BR aparecían profundamente transformadas con respecto a sus inicios. De estar presentes sólo en el norte, pasaban a tener *columnas* en todo el territorio; más militarizadas, ahora se mostraban portadoras de un

²⁸ Véase S. Casilio: *Il cielo è caduto sulla terra. Politica e violenza politica nell'estrema sinistra in Italia (1974-1978)* Edizioni Associate, Roma: 2005.

²⁹ Véase G. Galli: *Il partito armato. Gli «anni di piombo» in Italia 1968-1986* Kaos, Milano: 1993 y D. Della Porta: *Il terrorismo di sinistra* Il Mulino, Bologna: 1990.

discurso político que, centrando sus críticas en todo el sistema de partidos —incluido el PCI, considerado integrado en el régimen imperialista encabezado por la DC— subordinaba su originaria función de apoyo armado a las movilizaciones sociales al objetivo de subversión del estado a través de la lucha armada.

En este cuadro se tiene que leer la elección que las BR hicieron, a partir de 1976, en favor del homicidio político como instrumento privilegiado de lucha. Como es notorio, esta estrategia culminó con el secuestro y el posterior asesinato del presidente de la DC Aldo Moro, arquitecto del diálogo de su partido con el PCI, justo en el momento en que el parlamento tenía que votar el primer gobierno abiertamente apoyado por los comunistas. Sobre el secuestro y el asesinato de Moro existe una amplia literatura, periodística, científica y sobretodo judicial. Y, a lo largo de los años, se han formulado las teorías más dispares sobre las reales responsabilidades de los brigadistas, de las fuerzas de seguridad y de información y de los personajes —públicos y menos públicos— que gestionaron el secuestro. Sin embargo, no obstante la sugerencia de algunas de estas hipótesis, la verdad judicial que transmiten más de veinte años de procesos lleva a concluir que la responsabilidad directa de la decisión de secuestrar y ejecutar al presidente de la Democracia Cristiana —en cuanto símbolo del régimen democristiano, identificado con el Estado— fue íntegramente de los militantes de las Brigadas Rojas. Otra cosa, no menos importante, es constatar como la gestión del caso Moro lleva las trazas de la inequívoca existencia de una voluntad política oculta y inconfesable, interesada en que el secuestro se concluyera en la peor de las maneras, movida por aquellas mismas fuerzas que después de la estrategia de la tensión, se habían reorganizado en nuevas formas. La posterior evolución en sentido fuertemente conservador de todo el cuadro político italiano, así como toda una serie de evidencias aparecidas antes, durante y después³⁰ de aquel acontecimiento, refuerzan esta constatación.

La reconstrucción de la dinámica del secuestro hecha por los sucesivos procedimientos judiciales, pone de manifiesto una precisión y una la eficiencia militar inéditas para las BR. Pero desde un punto de vista político, el saldo de la operación fue extremadamente negativo, cuando no directamente contraproducente. Si bien la operación llegó a producir laceraciones importantes entre las fuerzas políticas, dando la impresión que las BR podían jugar un papel político concreto, en realidad los brigadistas no obtuvieron en ningún momento aquel reconocimiento formal de interlocutor

³⁰ Véase S. Bonfigli y J. SCE: *Il delitto infinito. Ultime notizie sul sequestro Moro* Kaos, Milano: 2002 y G. Pellegrino: *Segreto di stato* Einaudi, Torino: 1996 pp. 159-240.

político que estaba en la base de toda la operación³¹. Es más, la masiva movilización obrera que pedía la liberación del rehén, puso de manifiesto toda la soledad, humana y política en la cual se encontraban los brigadistas.

Esta soledad se explica en primer lugar con la repulsa moral que había generado dentro del movimiento obrero la nueva trayectoria emprendida por las BR después de 1976. Secuestrar durante unas horas un directivo de una fábrica —o quemar su coche— en un momento de alta conflictividad obrera, no era lo mismo que matar a sangre fría un periodista considerado reaccionario. La diferencia en los fenómenos de aceptación de las acciones, tenía que ver evidentemente con la gravedad de la violencia —el movimiento obrero italiano, organizado o no, no tenía ningún interés a que se le asociase con un tipo de violencia tan repulsiva como la práctica del homicidio político— pero también con la elección de las víctimas y sobre todo con el contexto en el cual se producían estos acontecimientos.

Si se abandonan —como aquí se quiere hacer— las hipótesis complotistas, se tiene que concluir que las BR, a diferencia de cuanto habían hecho casi instintivamente el grueso del movimiento obrero organizado y la opinión pública saliendo a la calle, organizando una huelga general y pidiendo la liberación de Moro, habían sido incapaces de leer correctamente la recomposición de fuerzas seguidas a la estrategia de la tensión y al fin de la etapa progresiva, de expansión, de los movimientos sociales. Las fuerzas que habían estado detrás de Piazza Fontana, habían dejado de poner —o hacer poner— bombas porque, sencillamente, la espiral de violencia necesaria a la imposición de su diseño político ya estaba en marcha, y, lentamente pero inexorablemente, debilitaría unos impulsos de cambio ya fuertemente menguados por los efectos de la crisis económica. Con la muerte de Moro, las BR habían *objetivamente* encerrado en el maletero de aquella Renault 5, junto al cadáver del presidente democristiano, las últimas —quizás ya vanas—, esperanzas de resistir a una restauración conservadora, quizás no aparatosa pero muy profunda desde un punto de vista sustancial.

Moro —justamente por haber sido un dirigente y un estadista veterano, que había tenido en todo momento informaciones privilegiadas— había entendido que había sectores importantes del Estado y de su propio partido que consideraban el pacto con los comunistas un obstáculo insalvable para la afirmación de este giro conservador, y durante el secuestro, no evitó for-

³¹ Además de querer conducir un proceso popular en contra del dirigente democristiano, las BR habían pedido como contrapartida la liberación de varios militantes detenidos.

mular acusaciones detalladas, subrayando como había más de una persona que obtendría un rédito político de su muerte³².

La impresión de que — más allá de las responsabilidades directas de los brigadistas —, el secuestro y el asesinato de Moro fueron utilizados para facilitar una estabilización conservadora, resulta todavía más verosímil si se tiene en cuenta la historia de los años inmediatamente posteriores. Mientras el movimiento obrero entraba en un reflujo sin freno, la Democracia Cristiana y un partido socialista claramente orientados a la derecha emprendían fórmulas de gobierno conservadoras, aislaban los comunistas —sus herederos políticos entrarían en el gobierno sólo en 1996— e incluso ponían en discusión más de una de las políticas que se habían afirmado bajo el impulso de las movilizaciones de los años 60 y 70³³.

Pero la prueba quizás más evidente del triunfo de un diseño oculto que a la vez utilizó y en parte provocó el fenómeno de la violencia política en Italia, quizás sea representado por la impunidad con la cual se verificó el último gran acontecimiento luctuoso, que, en 1980, —pese a que algunas organizaciones continuaron su actividad hasta la mitad de los años 80, se diría que por una deuda moral contraída con sus compañeros en la cárcel— prácticamente cerró el ciclo. El 2 de agosto de 1980 una bomba explotaba en la sala de espera de segunda clase de la estación de Bolonia, provocando 85 muertos y centenares de heridos. Después de más de veinte años de investigaciones, se ha podido condenar como ejecutores materiales a dos dirigentes del grupo neofascista Nuclei Armati Rivoluzionari —que, ya condenados a cadena perpetua por otros delitos, han declarado siempre su extrañeza ante los hechos que se les imputan—, pero todavía los tribunales no han podido convencer a los demandantes. Lo que sí se ha podido demostrar es que las investigaciones sufrieron desviaciones delictuosas, por parte de miembros de los servicios de seguridad y de personajes ligados a la logia masónica P2, debidamente certificadas por sentencias firmes de los tribunales³⁴.

³² Moro envió, desde su cautiverio varias cartas, a la familia y a varios miembros de su partido. En estas últimas, demostrando toda su desconfianza, formuló acusaciones claras en mérito a los *deliberadamente* insuficientes esfuerzos que se estaban llevando a cabo para su liberación. La respuesta del Consejo Nacional de la DC había sido la de considerar las cartas de Moro escritas bajo el efecto del miedo y de drogas. En todo caso, la gran parte de los documentos escritos por Moro durante el secuestro, de los cuales se conoce la existencia, no fueron nunca encontrados.

³³ Es el caso, por ejemplo, de la legislación en materia de precios de alquileres o, de los mecanismos de incremento automático de los salarios respecto a la inflación, cuya eliminación, querida por el gobierno Craxi en 1984, fue posteriormente ratificada en referéndum.

³⁴ Sentencia n. 4/88, emitida por la II Corte d'Assise di Bologna, y confirmada en segundo y en tercer grado, en 1994 y en 1995. Entre otros, fueron condenados Licio Gelli, el

Girar página

Entre 1969 y 1980 se verificaron en Italia más de 14 mil actos de violencia con motivación política, según las cifras del Ministerio de Interior. Actos que han causado millares de heridos y casi quinientos muertos.

La república y la legalidad democrática han sobrevivido, con una orientación más conservadora, pero han sobrevivido. La sociedad ha sabido curar heridas y salir adelante, reaccionando a la embestida de aquellos que habían pervertido las ansias de cambio en una máquina de muerte y defendiendo un Estado que sabían ni perfecto ni exento de responsabilidades. Y es aquí donde la tragedia de la violencia política en Italia muestra toda su actualidad. Porque si los tribunales han sabido explicar y condenar las acciones de los grupos políticos armados —tanto de izquierda como de los *revolucionarios* de derecha—, el papel de ciertos aparatos del Estado implicados en los hechos nunca ha sido esclarecido del todo. La discusión política, civil, antes que historiográfica sobre aquellos años es a día de hoy viva y encendida. Los sucesivos gobiernos se han opuesto sistemáticamente a la desclasificación de documentos de los servicios de seguridad que ayudarían a clarificar los hechos. Por esto, para la sociedad italiana todavía es difícil girar página del todo. Porque como dijo Predrag Matvejevic, bosnio y profesor de literaturas eslavas en la Universidad de Roma, «para girar de página, es necesario primero haberla leído».

general del servicio de información militar Pietro Musumeci y el coronel Giuseppe Belmonte.